

## CAPÍTULO 2

# Tiempos modernos: el niño manda y el padre obedece

### EL ADULTO PIERDE SU AUTORIDAD

“¡Ponte a trabajar!”, le dice la directora a una alumna de 3 años, de preescolar. “No quiero”. “¡Que te pongas a trabajar!”. “¡Que nooo quiero!”, contesta la niña y se echa a correr. La directora la alcanza y le dice: “¡Quiero que sepas que en esta escuela mando yo!”. La niña se pone las manos en la cintura y con voz desafiante le responde: “¡Pues en mi casa mando yooooo!”.

Sí, leyeron bien, esta pequeña solo cuenta con 3 años y ya se atreve a desafiar a la directora de la escuela. Tiene muy claro que ella manda... ¡en su casa!

De ahí viene su empoderamiento y la seguridad de hacer lo que le da la gana, pues sus padres seguramente le dan gusto en todo.

Este no es un caso aislado ni la excepción, por el contrario, es bastante común. Porque las generaciones que sufrieron heridas en manos del sistema autoritario ahora que tienen sus propios hijos y buscan un cambio radical, se polarizan y desechan cualquier tipo de límite o regla.

Su intención es buena, pues desean evitar el maltrato de sus hijos, pero la permisividad que ofrecen termina haciéndoles más daño que bien.

“¡A mis hijos nadie los regaña, nadie los toca!”, le advierte enfáticamente el padre a los abuelos que observan frustrados cómo los nietos que han venido de visita avientan los cojines de la sala.

Cuando un niño escucha esto de sus padres, le queda claro que los adultos no tienen la autoridad para decirle qué hacer. Y esto incluye al maestro.

Nota de una madre a la maestra: “Por favor, nunca le vuelva a pegar a Toñito. Es un niño sumamente sensible que no está acostumbrado al castigo físico. Nosotros nunca le pegamos más que en defensa propia”.

En el afán de que nadie lo maltrate, ahora el niño es el que dirige: un niño inmaduro, caprichoso, que no desarrolla ningún tipo de responsabilidad. Es un niño que transita solo por la vida, pues no hay adultos capaces de guiarlo. Cuando el maestro trata de poner cualquier límite, el niño lo acusa y los padres aparecen en la escuela para ponerlo en su lugar. ¿Quién se cree para llamarle la atención a su hijo? En esta era permisiva es común observar la siguiente situación:

“Cómprame esta película, papá”. “No, hijo, está horrible, y es para adolescentes, tú solo tienes 8 años”. “Pero toodos mis amigos ya la vieron, ¡nunca me dejas ver nada!”, grita el hijo, llamando la atención de los clientes. “Está bien, está bien... pero cállate”, susurra el padre tratando de evitar las miradas de la gente. “Pero pobre de ti si te despiertas muerto del susto y quieres pasarte a mi cama”.

A las 3:00 a.m. que el hijo quiere pasarse a su cama, el padre lo recrimina: “¿Ya ves?, te lo dije, pero ¡bien necio que eres!”.

Estos padres permisivos, cuando ceden su responsabilidad al hijo, todo lo arreglan con “te lo dije”, y entonces el hijo paga las con-

secuencias de una decisión que no le tocaba y que debió ser del padre. Revisemos, a continuación, otras de las características de este acercamiento permisivo.

## Padres ausentes

“Jesús, ¿qué te pasa?”, le pregunta la maestra a su alumno de secundaria que está deprimido. “Es que a mí nadie me quiere”. “¿Cómo de que nadie te quiere?, pero si tú sabes que tus padres te quieren mucho...”. “Pues si me quieren, no me lo demuestran”. “Pero si ayer hablé con tu madre y me dijo que pasa todas las tardes contigo”. “Lo que no le dijo es que está estudiando y no la puedo interrumpir”.

El padre permisivo está muchas veces presente en cuerpo, pero no en alma. Mira, pero no ve. Solo se ocupa a medias del hijo que sabe que está en libertad de hacer todo lo que quiere porque el padre no tiene tiempo para atenderlo. Y cuando los padres están separados, la situación se agrava.

“Ramiro, ¿por qué llegaste tarde a clases?”. “Es que, maestra, mi madre se va con el novio y no llega a tiempo”.

Trabajando en la Ciudad de México, la directora de una escuela privada me contó el siguiente incidente:

Unos padres de familia que jamás asistían a eventos o entrevistas a los cuales eran citados en la escuela de su hija, aparecieron a las dos horas de enterarse de que a esta le habían quitado el teléfono celular.

Este tipo de situaciones nos muestra cuáles son las prioridades de algunas familias y la falta de confianza que le tienen a la escuela.

La maestra de Rogelio ha citado a sus padres, pues piensa que tiene problemas de atención. Rogelio, cuyos padres trabajan, tiene 9 años y es hijo único. La psicóloga le diagnostica síndrome de déficit de atención y recomienda que tome *medicamento*. La maestra, por su cuenta, pide a la madre que dedique parte de la tarde para ayudarlo a hacer su tarea. La madre, preocupada, decide recortar sus horas de trabajo a medio tiempo para atender a Rogelio. Tres meses después, cuando se agota el medicamento, la madre decide suspenderlo sin consultar a la psicóloga, pero continúa dedicándole la tarde completa a su hijo. Para final del año la maestra felicita a la madre por la mejora de Rogelio que, aunque no tiene las mejores calificaciones, ya se desempeña como el promedio de niños de su clase.

¿Qué curó a Rogelio, el medicamento o la atención de la madre? Hay niños que necesitan apoyo de medicamentos y no pretendo decir que todos los problemas tienen la misma solución, pero hay que reconocer que el abandono de los padres produce estrés en el niño. Que esta vida apresurada que llevamos ha relegado el cuidado y atención del niño al último lugar de esta interminable lista de cosas que los padres tenemos que hacer. Muchos niños sí tienen, efectivamente, déficit de atención... ¡pero es déficit de atención por parte de los padres! Están carentes del alimento esencial del alma: ¡atención! Hay niños que son felices, aunque suene contradictorio, cuando están enfermos, porque tienen a los padres a su disposición. Es el único momento en que algunos padres sueltan su prisa y sus demás quehaceres para atenderlos.

## Aparece la culpa

Acompañando a este abandono de los padres aparece un personaje que tenía poca importancia en el autoritarismo: me refiero a la *culpa*. Aparece como resultado de las vidas tan apuradas que viven los padres en esa carrera sin fin por tener más, comprar

## CAPÍTULO 4

# Las escuelas entran a la competencia

### SE CONFUNDE LA INTELIGENCIA CON LA MADUREZ

En este acercamiento de permisividad, el niño que es capaz de repetir información, aunque muchas veces sin una verdadera comprensión, es orgullosamente considerado “muy inteligente”. Yo en ningún momento niego la inteligencia de estos niños, pero me gustaría hacer la distinción entre lo que es inteligencia y lo que es madurez.

“Mira, un insecto”, señala la madre. “Ese no es un insecto, mamá, es un arácnido. Los insectos solo tienen seis patas y la araña tiene ocho”, corrige el hijo de 5 años.

Los niños tienen acceso a tanta información que efectivamente tienen un desarrollo intelectual que nos asombra. ¿Pero acaso inteligencia es lo mismo que madurez?

Aquí está la confusión: pueden ser muy inteligentes, pero eso no quiere decir que sean maduros. La madurez solo se adquiere con los años. Por brillante que sea, el niño no puede medir las consecuencias de las decisiones que, muchas veces equivocadamente, los padres ponen en sus manos; no puede manejar su vida, pues la madurez se adquiere únicamente con la experiencia y los

años, y esto un niño aún no lo tiene, por muy inteligente que sea. Entonces, es inteligente, hasta brillante, pero no maduro y corresponde a los padres y maestros guiarlos.

Siendo maestra de un grupo de 6° grado, una alumna me explicó por qué no había asistido:

“Maestra, ayer no vine a clases porque amanecí con mi nivel de energía muuuy bajo...”.

Me pregunté: ¿qué están pensando sus padres que se dejan manipular de esta manera? Esta niña era muy inteligente y sabía perfectamente cómo utilizar el lenguaje *new age* de los padres para conseguir los resultados que quería. Pero es a ellos a quienes correspondía decirle: “Hija, tienes mucha flojera de ir a la escuela y lo entiendo; yo también preferiría no ir a trabajar, pero tanto tú como yo vamos a cumplir con nuestras obligaciones. Así que apúrate porque tienes que llegar a tiempo”.

El maestro puede ayudar a los padres a ubicarse asegurándoles siempre que, efectivamente, sus hijos son muy inteligentes mas no maduros, pues, si así fuera, ya estarían viviendo en forma independiente. Mientras los niños estén a su cargo, corresponde a los padres sopesar la situación y tomar las decisiones que corresponden.

## EL NIÑO PRECOZ

Antiguamente, “niñez” era sinónimo de inocencia, pero hoy en día ya ni sabemos cómo se escribe. “*Inocencia*... ¿se escribirá con ‘h’?”, nos preguntamos. Cuando arrancamos al niño de su mundo infantil, de ese mundo mágico donde se maneja a su antojo y se encuentra seguro, para incluirlo en el mundo adulto, se siente impotente y desvalido. Lo mandamos a la guerra sin fusil.

Como la fruta que ha sido madurada artificialmente y conserva su bella apariencia, pero no tiene sabor, cuando el niño pierde su inocencia, deja de confiar y se protege con cinismo y agresión. Vive desfasado, pues su desarrollo mental no concuerda con el emocional: sabe mucho pero comprende poco.

“¿Tú sabes que fumar causa sida?”, le dice muy seria una niña de 6 años a su compañera.

Gran parte de la información que reciben los niños no la entienden o, como en este caso, la tergiversan. La escuchan y la repiten sin una verdadera comprensión. En su mundo infantil llegan a conjeturas que no son reales pero que en muchos casos les crean zozobra.

Siendo educadora de preescolar me tocó ver a un niño que, jugando a la casita, a mamá y a papá, se quiso acostar sobre una niña. Esto no debe escandalizarnos si consideramos todo lo que ven estos niños en la TV, el internet o en sus casas. Cuando los niños navegan sin supervisión solos por internet, con acceso a todo tipo de información, se inmiscuyen en el mundo de los adultos sin la madurez para discernir lo que les conviene y corren peligro.

Cuando los padres dejan de ser cuidadosos ante el niño, en su deseo de ser modernos, los abandonan a la tecnología, pues ello los “adelanta”, pero también les afecta, pues sacrifican su niñez.

## APARECE EL NIÑO INTELECTUAL

Esta era permisiva valora ante todo la inteligencia del niño. Y para demostrar esta inteligencia los padres y las escuelas tratan de darle el mayor acervo de información lo antes posible. Más es mejor, en toda circunstancia. Así que si antes el niño leía al ingresar a primaria y ahora sabemos que lo puede hacer en pre-

escolar, cambiamos el sistema educativo para que todos los niños, maduros o no, así lo hagan. No me sorprendería que en unos años los niños estén leyendo en maternal. Pero, nuevamente, preguntémosnos: ¿de quién es la prisa? Porque puedo entender que si los padres son intelectuales y ese niño crece rodeado de libros viéndolos leer, naturalmente le gustará imitarlos. Se interesará antes que otros niños cuyos padres no tienen el mismo interés. Pero apresurar a todos los niños solo porque tienen la capacidad para poder presumirlos es no tomar en cuenta otras necesidades propias de esa etapa del desarrollo. Este niño que necesita moverse y jugar, ahora está sentado durante horas haciendo trabajos académicos, para orgullo de los padres y los maestros. Y luego nos sorprende que haya tantos niños con problemas de aprendizaje y de atención.

Visitando una escuela privada en Estados Unidos, la directora me compartió: “No sé qué sucede, pero la tercera parte de los alumnos necesitan algún tipo de ayuda especial, ya sea emocional, de aprendizaje o física. Esto me parece tan extraño, seguramente algo estamos haciendo mal”.

Como dicen, “a los hechos me remito”. Nuestra realidad nos está diciendo claramente que algo está fuera de lugar, fuera de equilibrio. Porque si estuviéramos haciendo lo correcto, el niño estaría contento, sano y relajado, en lugar de mostrarse estresado y con dificultades emocionales o de aprendizaje. Preguntémosnos: ¿este niño es un ser que merece mi profundo respeto o es una pertenencia que puedo utilizar y manipular a mi antojo? ¿Vale la pena apresurarlo? ¿Será lo más importante desarrollar su inteligencia? ¿Cómo puede desarrollarse de una manera armónica para que crezca equilibrado? ¿Cuáles son las necesidades básicas de cada etapa de su desarrollo y cómo puedo satisfacerlas adecuadamente?



## CAPÍTULO 6

# ¡Auxilio, no sé cómo poner límites!

### DISCIPLINA CON AMOR EN EL AULA

“Creo que me voy a retirar. Soy maestra de música y tengo más de 30 años enseñando, pero me doy cuenta de que no entiendo a los niños de hoy. Recuerdo con nostalgia cuando daba mi clase y los alumnos eran respetuosos y cooperaban con gusto. Ahora es muy diferente, nada les gusta, de todo se quejan y la mayor parte de la clase me la paso tratando de poner orden”.

No puede haber una buena clase ni un buen maestro sin disciplina. Porque los límites de la disciplina proporcionan al alumno la estructura necesaria para que pueda recibir lo que se enseña. Los niños de por sí son dispersos y se distraen con mucha facilidad, y cuando hay desorden y el ambiente es caótico, sus posibilidades de aprendizaje se reducen considerablemente. Son los límites los que preparan el contexto para que pongan atención y aprendan.

Estos límites obligan al niño a contener sus impulsos para enfocar su atención en lo que se enseña. Pero desgraciadamente en esta era permisiva lo último que aprende el niño en casa es a contener sus impulsos. En el afán de los padres de no reprimirlo por miedo a traumarlo y, en algunos casos, por comodidad, muchos padres simplemente dejan que haga lo que quiera. Equivocadamente piensan: “porque lo quiero, lo consiento”. Cuando este

alumno llega al salón de clases no entiende que no puede hacer lo mismo que en su casa: lo que quiere, cuando quiere y por que quiere. Guardar silencio, obedecer instrucciones y completar su trabajo le parece mucho pedir. Se inicia entonces una batalla campal: el maestro trata de imponerse, pero cuando no tiene la fuerza necesaria, ganan los alumnos. Algunos maestros se doblegan y, a pesar de su frustración, se resignan a enseñar en un ambiente caótico.

“Es agotador enseñar. Me paso gran parte de la clase gritando y regañando para que me hagan caso. No sé qué les pasa a estos niños, no hacen caso y nada parece interesarles. Solo me atienden cuando los amenazo con mandarlos a la Dirección”.

Este es el caso de muchos maestros y, como vimos en los capítulos anteriores, se relaciona con su temperamento. Cuando no logra imponerse por las buenas, lo hace por las malas. Piensa que no tiene otros recursos, y la desesperación y el cansancio muchas veces orillan al maestro al maltrato.

Para que un maestro tenga presencia y autoridad frente a sus alumnos necesita trabajar en su persona; fortalecer su carácter y autoestima y revisar por qué no se da a respetar. Porque su salón de clases es solo su reflejo. Una persona con alta autoestima se hace respetar y no permite que los alumnos se pasen de la raya. Se siente seguro y tiene la confianza para pedir lo que es necesario del alumno y espera ser obedecido.

Entonces, si tienes problemas de disciplina en tu salón de clases, pregúntate:

- ¿Por qué no me hacen caso los alumnos?
- ¿Soy demasiado suave y trato de complacerlos?
- ¿Me ubico más como su amiga que como su maestra?
- ¿Digo cosas que no cumplo y por eso no me respetan?

- ¿Les tengo miedo? ¿Soy demasiado débil?
- ¿Por comodidad no pongo límites y ya se pasaron de la raya?
- ¿Soy aburrido?
- ¿No paro de hablar y me repito?

Ser maestro no es fácil, pero si tienes deseos de mejorar, te ofrezco algunas ayudas prácticas para aplicar *disciplina con amor*:

1. HAZ TU CLASE INTERESANTE. Un maestro aburrido invita a la indisciplina. ¿Quién puede poner atención cuando no tiene el menor interés? Muy pocos.

Algunos alumnos se evadirán en ensoñaciones que nada tienen que ver con lo que se enseña, y si el maestro les pregunta algo, despertarán sorprendidos sin saber qué responder. En cambio otros, en su fastidio, molestarán a sus compañeros o buscarán provocar al maestro.

Estando en la preparatoria recuerdo haber tenido un maestro de Historia sumamente aburrido que leía su clase y jamás alzaba la vista para vernos. A manera de protesta, un día extendí un periódico y me puse a leerlo en su clase.

Cuál sería mi sorpresa cuando ¡no me llamó la atención! Los demás alumnos estaban asombrados de mi osadía, pero a mí me decepcionó darme cuenta de su total falta de carácter. Si aún me quedaban rastros de respeto por él, desaparecieron ese día.

Cualquiera puede leer o dictar, no necesita ser un maestro. El maestro que no prepara su clase y solo entretiene a sus alumnos debería dedicarse a otra cosa, porque les falta al respeto y les hace perder su tiempo.

“Yo llevo 20 años en esta escuela enseñando 1° de primaria”, dice orgullosa una maestra a su colega. “Tú eres nueva, ¿verdad?”.

Cuando escucho que un maestro ha estado enseñando durante muchos años el mismo grado, siempre me queda la duda de si no estará simplemente repitiendo lo que preparó en el primero. Si no se ha convertido en una especie de grabadora que dice lo mismo sin tomar en cuenta que cada grupo es distinto y que la información tiene que adaptarse y renovarse.

Si piensa que ya todo lo sabe, ha dejado de investigar y prepararse. Es mucho más sano que los maestros cambien de grados y se vean obligados a esforzarse para preparar material nuevo cada año.

Si un maestro se preocupa por preparar su clase y es dinámico e interesante, tendrá a los alumnos absortos. Cuando incluye anécdotas e historias, permite que los alumnos se identifiquen y un chiste o un comentario chusco los hará reír y relajarse. ¡No hay mejor manera de enseñar!

Un maestro interesante no tiene problemas de disciplina porque un alumno que disfruta una clase no se le ocurre molestar ni hacer travesuras, ¡está escuchando!

Así, el primer consejo para que tus problemas de disciplina disminuyan y desaparezcan es que te apliques en mejorar tus clases. Que te pongas en el lugar del alumno y te identifiques con él para poder imaginar qué material le podría resultar interesante. Observa qué cosas le llaman la atención, cuáles son sus preferencias, qué le cae en gracia, qué películas ve, a qué juega con sus compañeros, de qué platican, qué le inquieta.

Cuanto mejor conozcas a tus alumnos, más fácil será saber cómo preparar tus clases. Si te guías por sus intereses, tus clases serán dinámicas, divertidas y relacionadas con sus vidas y... ¡pondrán atención!

2. CUMPLE LO QUE DIGAS. Nada hace que pierdan más rápido el respeto a un maestro los alumnos que prometerles cosas que no cumple.

## CAPÍTULO 7

# Si tan solo lo cambiaran de salón

### LIDIANDO CON ALUMNOS DIFÍCILES

“Un día me fui de pinta. ¡Mi maestra mandó una nota de agradecimiento a mi casa!”.

*Milton Berle*

Cuántas veces pensamos como maestros, equivocadamente, que si solo cambiaran de salón a ese alumno problemático, nuestras vidas serían diferentes. Que por fin tendríamos un salón armonioso, donde reinaría la paz y que nuestro trabajo realmente sería aprovechado. Que si no fuera por culpa de ese alumno, nuestras vidas dejarían de ser miserables y seríamos felices.

Esto, por supuesto, es solo una fantasía. Porque cuando se llega a cumplir nuestro deseo y cambian a ese alumno a otro salón, para nuestra sorpresa surge otro que ocupa su lugar. Porque este alumno que nos hace la vida difícil lo hemos atraído como un medio perfecto para crecer, pues gracias a sus confrontaciones tenemos la posibilidad de conocer nuestras debilidades y superarlas. La vida es realmente perfecta. Es como una obra de teatro donde cada personaje ha sido escogido cuidadosamente para representar el papel que le corresponde y colocarnos en la situación ideal que nos refleje nuestras limitaciones. Así, atraemos a nuestra realidad a las personas que nos pueden proporcionar los

retos que necesitamos para aprender las lecciones que aún no hemos dominado. Una vez comprendidas estas lecciones, estos conflictos van desapareciendo poco a poco de nuestras vidas.

“¿Cómo te fue en la escuela hoy?”, pregunta la madre. “Muy bien, tuvimos una maestra nueva que quería saber cuántos hermanos tenía y le dije que era hijo único”. “Y qué te contestó?”. “¡Gracias a Dios!”.

Revisemos a ese alumno que nos hace la vida imposible. Cuando un alumno es problemático es porque está descontento y necesita ayuda, pero no sabe cómo pedirla. Quiere ser visto, tomado en cuenta, escuchado, pero su comportamiento solo produce fastidio. Anhela ser aceptado, pero únicamente provoca rechazo; y aunque ansía ser rescatado, su conducta provoca que lo abandonen una y otra vez para sobrevivir con sus recursos limitados. Como el mendigo hambriento que al estirar la mano nos incomoda y tratamos de ignorarlo, continuamente hacemos a un lado a este alumno.

Si pudiéramos percibir a estos alumnos a nivel emocional, veríamos a seres raquíuticos, en los huesos, pues nunca han recibido un alimento consistente. Llegan en este estado al salón de clases, provenientes de familias que no tienen tiempo para ellos y los abandonan, y para subsistir desarrollan estas conductas que a todos molestan. Han sobrevivido como mejor han podido, pero su situación desesperada los convierte en la pesadilla de sus maestros. Así se crea un círculo vicioso que corresponde a los maestros romper. Cuanto más necesitado y dolido esté un alumno, peor se comportará, menos lo aguantaremos y más lo rechazaremos. Cuanto más lo rechazamos, más necesitado está y peor se comporta... y así sucesivamente.

¿Cómo podemos romper este círculo vicioso para ayudar a sanar a estos alumnos? ¿Qué necesitan estos alumnos que nos parecen un problema?

A continuación, te ofrezco varias ayudas prácticas.

## AYUDAS PRÁCTICAS

Cúralos con las 3 A: *Aceptar, Amar y Alentar*.

Con una dosis muy baja, casi diríamos homeopática, de cualquiera de estos elementos, empezarán a ver una mejoría notable en sus alumnos que con sus comportamientos molestos están pidiendo ayuda a gritos. Revisemos cada uno detenidamente.

### Aceptar

Para aceptar a alguien, primero tenemos que verlo: conocerlo, saber quién es, cómo es, qué prefiere, qué le gusta, qué le disgusta, qué le interesa, qué le fascina, qué le molesta, y cuando es posible (aunque no es indispensable), conocer su historia.

Entonces ve a tu alumno, a ese chico difícil que tal vez te tiene harta. ¿Cómo es realmente? ¿Quién es detrás de ese comportamiento provocador, irritante, que te invita a rechazarlo? ¿Quién está ahí, dolido, asustado, triste?

Si haces a un lado los juicios y las ideas que ya tienes de él, te sorprenderá encontrarte con una persona desconocida. Detrás de esa conducta hostil, hay un ser que añora ser aceptado como es. Hay una chica o un chico que quizás están desesperanzados porque no ven salida a sus dificultades o que están decepcionados porque no han encontrado un adulto en el cual confiar. Detrás de ese alumno nervioso y retador, tal vez descubras a un ser confundido que necesita que le tiendas la mano.

### *Practica el “no sé”*

El dicho *caras vemos, corazones no sabemos* es muy sabio. Puedes ver a los padres en la puerta de la escuela y hasta conocerlos socialmente y te pueden parecer sumamente amables y agradables, pero en realidad ignoras la dinámica familiar. No conoces su vida íntima y cómo le afecta al alumno. Cuántas veces nos quedamos

asombrados al enterarnos de que ese señor que es tan simpático y amable golpea a su esposa o que esa madre, tan guapa y agradable, es alcohólica. Y decimos: “pero si se ven tan lindos y tan normales”. Como maestros tenemos siempre que partir de que “no lo sabemos”. No sabemos qué ocurre en sus casas, no conocemos sus problemas, ni tenemos idea de sus dificultades emocionales. A mí solo me corresponde recibir al alumno y proporcionarle un espacio armonioso donde se sienta bien recibido, aceptado y apoyado. En pocas palabras, ofrecer un medio sanador.

Cuando recibas un alumno descontento, enojado, grosero o agresivo, piensa:

“No sé de dónde viene su molestia ni qué le pasa, solo sé que no se siente bien. Algo lo irrita y yo puedo tratar de aliviar esa incomodidad. ¿Qué puedo hacer para que se sienta mejor, más relajado?”.

Colocarnos en esa postura del “no sé” es un acto de humildad. Significa partir de cero para abrirnos a que el alumno nos muestre lo que necesita. Soltar nuestras ideas preconcebidas y verlo con ojos frescos cuando llega al salón de clases. No juzgar, ni criticar, sino aceptar. Aceptar lo que es y con eso trabajar.

Si tienes que preparar una ensalada, tomas la verdura y la limpias. Tienes cuidado de hacer a un lado las hojas marchitas y quitas las partes lastimadas. Cortas y picas. Tu cometido es que la ensalada quede lo más rica posible. No te detienes para quejarte de las hojas marchitas o maldices al campesino por no haber sido más cuidadoso. No te preguntas si le faltó sol o más agua. Simplemente trabajas con lo que tienes.

De la misma manera, como maestro, debes trabajar con lo que hay, con lo que es. Observa al alumno frente a ti y toma cierta distancia interior para que puedas elegir la mejor manera de ayudarlo. Tu intención es tenderle la mano para que sienta un apoyo firme. No te distraigas juzgando ni criticando.